



Real Oratorio del Caballero de Gracia

Qué hago con mi vida Una mirada desde el coronavirus

SUMARIO

El hogar que te vio nacer	2	Tus amigos	9
Tu etapa escolar	3	Tus amores	10
Tu adolescencia	4	El querer de Dios para ti	12
Tu vida de fe	6	El servicio a los demás	13
Tu juventud: la formación	8	En las manos de Dios	14

Anexo: Texto del Papa del 27 de marzo de 2020 (pag. 16)

Comienzo esta página en un momento único de nuestra historia reciente, de la historia del mundo, no solo de España: los días de internamiento en casa por la pandemia del coronavirus. El disponer de más tiempo libre y el estado de ánimo que lleva a pensar en lo que estamos pasando, con la incertidumbre que lleva consigo, me han animado a empezar estas consideraciones, que no sé a ciencia cierta hasta donde llegarán.

El hecho es que casi sin proponérmelo me he encontrado pensando en el sentido de la vida, en el para qué vivimos, en lo que de hecho me mueve, en lo importante y en lo accesorio, y en el plazo de que dispongo, siempre indeterminado porque no podemos controlar el futuro lejano, pero ya vemos que tampoco el más cercano...

Estas páginas –las que al final consiga escribir– no serán autobiográficas; no es eso lo que pretendo, y además no tendrían demasiado interés general. Al ir redactándolas, tendré delante al hombre (y a la mujer) de nuestros días; lo que aquí se diga podrá reflejar la vida corriente de

cualquiera de nuestros contemporáneos, aunque no deje de haber diferencias de uno a otro pero a la vez hay muchos rasgos comunes en nosotros, en lo que de hecho somos. Y también en lo que podríamos o deberíamos ser.

Solo vivimos una vez, y aunque lo sabemos, tantas veces vivimos como si no lo supiéramos, y el tiempo pasa, a veces sin demasiada pena ni gloria, con un deseo un tanto indefinido y poco eficaz de que tiempo habrá más adelante para ocuparnos más seriamente de tal o cual asunto, o plantearnos un cambio importante...

Pero de pronto puede surgir una circunstancia que no habíamos previsto, que se presenta como un obstáculo serio que puede alterar nuestra vida –sea el coronavirus o cualquier otra cosa– e incluso puede acortarla..., y podemos plantearnos una pregunta que quizás no nos habíamos planteado nunca: ¿y yo qué estoy haciendo con mi vida...?, ¿estoy tranquilo y satisfecho?, ¿estoy preparado para enfrentarme a lo que pueda pasar hoy o mañana?, ¿cómo miro yo la muerte y el más allá...?

Y con este breve preámbulo comenzamos.

EL HOGAR QUE TE VIO NACER

Acabas de llegar al mundo... Has estado nueve meses en el vientre de tu madre. Has condicionado su vida durante ese tiempo, y de otro modo se la seguirás condicionando muchos años aún; y a tu padre también. Si has sido el primer hijo en llegar a tu hogar serás tratado como un pequeño príncipe hasta que tengas otro hermanito; después el cariño no será menor, pero la atención de tus padres ya no estará centrada solo en ti. Y has de tener cuidado, para no sentir celos ya de pequeñito, sino alegrarte de tener un hermano o hermana que no puede compararse con el mejor de los juguetes que te hayan regalado.

De momento no eres muy consciente del mundo que te rodea, pero todo gira en torno a ti y has traído una alegría y una novedad a tu hogar que hasta entonces tus padres no tenían. Y aunque de momento no estás en condiciones de muchas reflexiones, tu modo de ser –cómo serás cuando pasen los años– se está fraguando ya ahora, en el cariño que recibes; y cuando vayas creciendo, el amor con el que tus padres se aman, la paz y serenidad de la vida familiar –si es como debe ser– influirán en tu equilibrio emocional y en tus sentimientos nobles. Luego, tus hermanos –si los tienes, y más si sois una familia numerosa– te harán más desprendido de lo que tienes y menos caprichoso. Y aumentará tu capacidad de relacionarte con otras personas cuando seas mayor, porque lo has aprendido ya de modo natural en tu casa.

Deseo para ti que tus padres sean buenos cristianos, porque entonces te podrán enseñar muchas más cosas, que incorporarás a tu vida de un modo muy natural: aprenderás a invocar a Dios como Padre y al Niño Jesús y la Virgen, de igual manera que empiezas a decir papá y mamá. Y verás a tus padres rezar, elevar su corazón a Dios, y tú les imitarás, y no te irás a dormir sin haber rezado alguna sencilla oración con la ayuda de tus padres a tu Ángel de la Guarda, a la Virgen... E irás teniendo con ellos un trato cada vez más familiar y consciente que tanto te ayudará a lo largo de tu vida.



También puede ser que tus padres no sean cristianos; o lo sean pero de hecho no tengan un interés especial en vivir como tales. Y por tanto, aunque te quieran mucho no te darán el alimento espiritual adecuado a tu edad; y posiblemente no te bauticen. ¡Qué pena! Es posible que ellos estén bautizados, pero con el paso de los años se han ido alejando, enfriando, y aunque no tengan una actitud hostil hacia la religión, han perdido la conciencia de la grandeza de la fe y del amor de Dios hacia nosotros, han perdido el sentido sobrenatural de la vida y en la práctica se comportan como los que no tienen fe. ¡Y no hablan con Dios, no se relacionan con El! No se dan cuenta de que se están privando de lo más grande que podemos hacer los seres humanos: tratar a Dios, nuestro Creador y Redentor, que nos ha dado la vida y además ha dado su Vida (la de su Hijo Jesucristo, Dios y Hombre verdadero) por la nuestra, para redimirnos, para perdonarnos y abrirnos las puertas del Cielo.

Querido y pequeño amigo, tú no tienes la responsabilidad de esa carencia tan importante para tu vida; importante para que desde pequeño tengas claro cuál es tu origen y tu fin, para qué has venido al mundo, y, en último término, para que sepas donde está la verdadera felicidad. Y como Dios es un Padre tan bueno, si estás atento y procuras llevar una vida recta según tu conciencia –hacer el bien y evitar el mal– y buscas sinceramente la verdad sin prejuicios y sin dejarte llevar de lo que simplemente te apetece, no te faltarán



ocasiones de encontrar a Dios, porque Él saldrá a tu encuentro de una manera o de otra, y si vives así podrás reconocerle, y amarle, y seguirle.

Para tu formación, tampoco es indiferente la situación económica de tu familia; o mejor dicho, el modo de administrar los medios de que dispongan. Es muy deseable que todas las familias puedan disponer de los medios necesarios para atender el hogar adecuadamente, con ese mínimo de comodidades que facilitan el descanso, la convivencia y por supuesto la formación que los hijos deben ir adquiriendo a medida que crecen. Pero tu formación va a variar según te enseñen o no a cuidar tus cosas personales, a no ser caprichoso, a saber prescindir de cosas no necesarias, saber compartir con tus hermanos, valorar el esfuerzo que para tus padres supone sacar la familia adelante, etc. Habrá familias con buena posición económica, pero no por eso deben permitir caprichos en sus hijos; y para eso la mejor escuela es que ellos vean que sus padres tampoco se los permiten.

Este apartado no debe terminarse sin dejar expresamente dicho que el amor a tus padres, mientras vivan, es un deber grave de justicia y de caridad. Porque te han dado la vida, y más aún: lo habitual es que los padres “den la vida” por los hijos, viven por y para ellos, ellos son el primer y principal motivo por el que trabajan y se sacrifican; la felicidad de los padres está sobre todo en ver crecer sanos y fuertes, y bien formados, a sus hijos. No son perfectos, como ningún ser huma-

no lo es, y tendrán sus defectos y errores, y no todo lo harán bien; en algunas ocasiones no serán el ejemplo que los hijos esperarían ver en sus padres. Pero aún con todo lo negativo que a veces puedan tener, ¡son tus padres!, y tienen todo el derecho a tu cariño y a tu comprensión. Cuando sea necesario, actuarás como los buenos hijos de Noé, cubriendo la desnudez de su padre (Gn 9,23). ¡Cuánto más tienen que perdonarte a ti tus padres, por las muchas veces que no te has comportado como debías, y te costó aceptar la corrección, y les hiciste pasar un mal rato! Pero no dejaron de quererte y de ayudarte...., aunque te hubieras portado tan mal como el hijo pródigo de la parábola (Lc 15,11-32).

TU ETAPA ESCOLAR

Querido amigo, esta nueva etapa de tu vida tiene también su importancia para tu modo de ser futuro: en el colegio vas a conocer un ambiente nuevo, personas distintas a tu familia: amigos, profesores, y las enseñanzas que recibirás irán abriendo tu mente a nuevos conocimientos que hasta entonces no tenían, si siquiera sospechabas. Son muchos aspectos importantes los que están en juego y es deseable que los puedas ir incorporando armónicamente en tu vida.

Del ambiente familiar en el que todo lo tienes a la mano, y cuentas con el cariño de los tuyos, siempre dispuestos a escucharte y preocuparse por ti, ahora vas a ser “uno más” entre las docenas de compañeros de clase, con los que tendrás que aprender a relacionarte y convivir. Hay que superar la posible timidez inicial e ir conociendo a unos a y a otros: es muy importante cultivar una amistad sincera y cordial. Los primeros años esto lo vivirás de modo un tanto inconsciente, si pensar demasiado en ello por la corta edad. Pero ya se van adquiriendo costumbres importantes. A los que tienen hermanos quizás les resulte más fácil el trato con los nuevos compañeros. Y lo normal es que pronto se vayan estrechando lazos, y se pase bien con los amigos, se compartan juegos, se aprenden cosas nuevas.

Naturalmente es muy importante que sean amigos buenos, cuando se va teniendo más

edad, un buen amigo puede ayudar mucho, con su ejemplo, su laboriosidad, su nobleza, sus buenas costumbres, Y al revés, un amigo poco ejemplar puede hacer mucho daño con su mal ejemplo, sobre todo si es un poco mayor que los otros y se sirve de esa diferencia para pretender ser “líder” en el grupo.

La laboriosidad en el aprovechamiento del tiempo, el estudio constante, es fundamental para adquirir responsabilidad. El deporte tiene también un claro componente formativo, para trabajar en equipo, para adquirir cierta reciedumbre y el desarrollo físico correspondiente.

En el colegio, sobre todo en los públicos, empezarás a relacionarte con chicas (y ellas con chicos). Si tienes hermanas también esto te ayudará a tratarlas como debes, como procuras tratar a tus hermanas. Es otro momento importante de tu formación, porque la relación correcta con las personas del otro sexo va a ser un aspecto de primera importante en tu vida personal. Aquí, una vez más, la influencia de los amigos, para bien o para mal. Más adelante nos detendremos más despacio en este tema.

Y tus profesores... No todos tendrán la suerte de contar con buenos profesores; yo te los deseo a ti. Profesores que te dejen huella, que además de un buen conocimiento de su materia, sean personas ejemplares, que ejerzan un estímulo grande en sus alumnos. Con el paso del tiempo, no recordarás muchas cosas concretas de las materias que te enseñaron, pero si era un buen profesor no te olvidarás nunca de él, y será para ti como un punto claro de referencia en tu formación personal. Un profesor que quiera verdaderamente a sus alumnos, los comprenda y les dedique tiempo, para ayudarles a forjar su personalidad, limando defectos y adquiriendo virtudes. Con unos cuantos profesores, o profesoras, así, los alumnos —ellos y ellas— tendrán muy claro por donde debe ir su vida, qué valores y virtudes han de cultivar.

Conviene que ahora, como al final de las diversas etapas que iremos viendo, hagas un pequeño examen, y mires con sinceridad cómo la has vivido, en qué has acertado y en que no has estado a la altura adecuada. Qué cuidarías más si volvie-



ras a vivir de nuevo esta etapa de tu vida. Y si pusiste medios después, en etapas siguientes, para subsanar las deficiencias de la anterior. Mal está equivocarse, pero peor es no querer reconocer los fallos y no poder los medios para corregirlos.

TU ADOLESCENCIA

Llegamos a esta etapa importante de tu vida en la que vas a experimentar sensaciones, sentimientos, pasiones nuevas. Es como un despertar al atractivo de la vida, de las relaciones con las personas del otro sexo, un momento delicado en el que hay que integrar adecuadamente lo que es propio de la virilidad o la feminidad, respectivamente, la fuerza del instinto sexual que debe estar regulado por la razón y por la fe.

De cómo vivas esos años va a depender en buena medida la virtud de la pureza, la delicadeza y respeto en el trato con las chicas (y ellas con los chicos), el sentido correcto del amor sin confundirlo con el atractivo físico y la pasión o placer. Y cómo vivas el noviazgo, si ese es el camino por el que te quiere Dios.

La adolescencia lleva consigo también como un descubrimiento de la intimidad personal, lo cual es un hecho natural, pero que no debe llevar a aislarse de los demás —sobre todo en casa,

con los padres y hermanos—, en una especie de contemplación un poco narcisista de uno mismo. El adolescente se puede sentir un incomprendido entre los suyos, y puede tener a “pasar” de ellos en buena medida: a perder confianza con sus padres y no consultarles dudas o sentimientos que luego no tendrá inconveniente en compartir con “la pandilla” de modo desenfadado, con el riesgo de no encauzar adecuadamente esos temas. Y el aislarse o distanciarse de sus padres lleva también consigo no tener una actitud receptiva para acoger de modo positivo los consejos que puedan darle, porque considera que sus padres “son de otra generación” y no están “al día” de cómo hoy viven los jóvenes. Si te comportas así estarás perdiendo un tiempo precioso para adquirir criterio y formarte bien.

En esta edad sientes también con fuerza el deseo de libertad, de poder organizar tu vida de acuerdo con tus sentimientos e ilusiones. La libertad es, evidentemente, un gran don, pero un don que Dios nos ha dado con un fin determinado: conocerle, amarle, y hacer el bien a los demás. Con frecuencia llamas libertad a caprichos poco responsables; te olvidas de que no se puede separar la libertad de la responsabilidad, porque si se diera esa disociación ya no sería verdadera libertad; sería una mala libertad, una libertad mal empleada; en definitiva, una falta de la verdadera libertad.

Aunque esta etapa sea un tanto convulsa, se puede y se debe vivir adecuadamente y poner las bases para forjar tu personalidad y tus convicciones más profundas. A esto ayuda mucho, por ejemplo, poner ilusión y dedicación al estudio, desear conocer bien las diversas materias del *currículum* escolar, para ilusionarte con los estudios futuros que puedas hacer en la Universidad —si te inclinas por ahí— y adquirir una buena formación cultural que es necesaria para tener una visión del mundo y de la historia más objetiva. Cuando se carece de esa formación, los prejuicios y las visiones ideologizadas de los acontecimientos —en definitiva, dejarse “manipular” por medios de comunicación poco veraces— es mucho más fácil.

Como antes comenté brevemente, el deporte y el espíritu deportivo en general son otros factores muy positivos en tu formación personal, para relacionarte con los demás y ejercitarte en las virtudes humanas: la reciedumbre, la generosidad, etc.

Y sin duda alguna, otro aspecto fundamental de estos años es tu formación cristiana, tu vida de fe vivida día a día. Dale muchas gracias a Dios si tienes fe, pero “cultívala”, vive de fe, hazla vida tuya, que impregne tus pensamientos, tus deseos, tus obras. A veces no lo conseguirás, porque no somos perfectos, pero tienes remedios eficaces para recomenzar de nuevo si te has “despistado”: acude a la misericordia divina en el sacramento de la confesión, pide perdón humilde y sinceramente de tus pecados y a caminar otra vez con mucha alegría y mucho agradecimiento. Nos detendremos un poco más en un apartado propio sobre la religión.

Por lo que se refiere más concretamente a la influencia en tu vida de adolescente, la fe será sin duda uno de los soportes más fuertes, más “estabilizadores” de tu joven existencia. En la travesía que estás realizando en el mundo, sin unas buenas referencias de por dónde va el camino adecuado, te perderías fácilmente, te saldrías del camino con peligro para tu vida. El Señor iluminará tu entendimiento y fortalecerá tu voluntad y pasarás por el “mar borrascoso” de la adolescencia sin grandes dificultades, para comenzar una juventud —en la empiezas ya a ser hombre o mujer— que puede dar mucho fruto porque te has preparado bien en esta etapa anterior, has sabido administrar bien tu libertad, has mantenido la cercanía y confianza con tus padres y profesores, has hecho buenas amistades que quizás duren toda la vida..., y te vas sintiendo, de modo profundo, hijo de Dios, que debe ser el fundamento de toda tu vida de piedad.

Aquí debes pararte, como te aconsejaba antes, porque es muy importante que te hagas una idea correcta de cómo vives o de cómo has vivido esta etapa de tu vida. Como te decía, los años que vendrán después se apoyarán en estos y es muy importante que el apoyo esté bien asentado

para que no te tambalees en los años que vas a empezar ahora.

TU VIDA DE FE

Conviene que nos detengamos un poco más en este aspecto tan central de la vida de cualquier persona, porque, sin duda, es de los que más va a influir en la vida que debes tener, porque todos, lo sepamos o no, lo deseemos o no, estamos en el mundo para un determinado fin, y nuestra felicidad, nuestra verdadera eficacia y el destino eterno de nuestra existencia dependerá mucho de que busquemos o no ese fin y procuremos vivir de acuerdo con él.

La fe nos dice cuál es ese fin. La razón nos hace ver que la vida debe ser recta, honesta, útil a los demás, pero se queda corta para llegar al fin último, que trasciende la razón aunque no se opone a ella. Por la fe sabemos que Dios, a través de nuestros padres, nos ha traído al mundo por amor —pues la Creación es un acto libre de amor de Dios— y nos ha hecho a su imagen y semejanza dándonos el entendimiento para que podamos relacionarnos con Él; y la gracia que nos ganó en la Cruz para que vivamos ya en la tierra una participación en la vida sobrenatural —la vida de Dios— a la que estamos llamados definitivamente en el Cielo. Nuestra vida habrá valido la pena en la medida en que nos encaminemos hacia ese fin. Así trataremos de corresponder al amor de Dios aunque siempre nos quedaremos cortos, porque nunca podremos amar a Dios como Él nos ha amado a nosotros, muriendo libremente en la Cruz para perdonar nuestros pecados y abrirnos las puertas de la salvación.

Sabes que en estos tiempos muchas personas viven más o menos alejadas de Dios y por tanto su fe es muy escasa, si es que no la han perdido. A eso se une la indiferencia religiosa de algunos medios de comunicación, y la proliferación de modos de vida claramente contrarios a la vida cristiana. Personas de cierta popularidad, que tienen muchos seguidores entre la juventud, viven como si no fueran cristianos; en realidad ya muchos no lo son, pues no están ni siquiera bautizados. Y ambientes de cierta intelectuali-



dad —en la literatura, en el cine o el teatro— hasta presumen de su laicismo (es decir, de una actitud contraria a la religión).

Ese modo de vivir hay que admitirlo, como una muestra del respeto a la libertad religiosa de cada persona, por la que a nadie se le puede obligar a practicar la religión, si no lo desea. Pero lo que no es admisible es que esas mismas personas pretendan imponer su agnosticismo o ateísmo a los demás, porque entonces estarían negando a otros lo que ellos reclaman con fuerza para sí: justamente ese derecho a la libertad religiosa, por el cual el que sí lo desea quiere vivir como cristiano y tiene derecho a manifestarlo en su vida privada y en su vida pública, con no menos derechos que otros manifiestan su actitud contraria a la religión.

Se podría decir que el cristiano desea que los demás también lo sean y por tanto está imponiendo lo que otros no quieren. No es verdad. Existe el derecho a exponer las propias ideas, pero no a imponerlas. El cristiano no pretende imponer, sino dar a conocer la doctrina de Jesucristo con el ejemplo de su propia vida, y el conocimiento del Magisterio de la Iglesia.

Y debes estar tan convencido del valor humano y espiritual de tu fe, que no sientas ningún complejo ante amigos que de algún modo hacen gala de su agnosticismo, porque se consideran libres de “prejuicios” religiosos que coharten su libertad, y miran al creyente como una persona que se ha quedado “atrasada” en su modo de entender la vida. Un cristiano poco formado puede acobardarse ante esa mentalidad, y aun-

que no esté de acuerdo con ella, se encuentra como sin argumentos para hacer ver lo razonable de la fe, lo congruente que resulta con la dignidad de la persona humana. Y por el contrario, la vida sin fe resulta enigmática porque se queda sin respuesta para los grandes enigmas del hombre, como son el dolor, la enfermedad y la muerte.

La visión laicista de esas personas no solo es contraria a lo que enseña la fe, sino que también es contraria a un sentido correcto de la libertad. No se necesita la fe para saber que la verdadera libertad no está en hacer lo que nos apetezca, sino lo que debemos hacer. El hombre se comporta con una libertad responsable cuando busca la verdad, cuando hace el bien. Una libertad sin responsabilidad no es verdadera libertad, sino libertinaje. Jesucristo confirma estas enseñanzas cuando nos dice que “la verdad os hará libres” (Jn 8,31-38).

No obstante, el cristiano no tendrá una actitud polémica con sus amigos no creyentes, y menos para discutir acaloradamente en grupo. Sobre todo fomentaré la amistad verdadera con todos, tendrá un afecto sincero hacia cada uno, procurará comprender sus puntos de vista y, aunque no los comparta en algunos casos, los respetará. Y de modo amable y oportuno, les hará ver sus propios puntos de vista, como el que desea compartir con otros las cosas buenas que tiene, convencido de que a ellos también les harán bien, si llegan a conocerlas. De este modo, unido al ejemplo de coherencia cristiana en la vida diaria, tendrán una gran eficacia en la vida de esos amigos que hoy están un tanto confundidos, o que por comodidad y falta de exigencia personal, se han abandonado y se han alejado de Dios.

En estos casos decimos que esas personas han perdido la fe. Y ellos mismos lo dicen. Es decir, se trata de una pérdida, no de un cambio hacia algo mejor que lo anterior. Si no se reacciona, con el tiempo la conciencia se acomoda a todo y se piensa poco en lo que se ha dejado o perdido. Pero hay que tener esperanza: siempre permanece en el hombre la imagen de Dios que llevamos dentro, y el anhelo de felicidad y de trascendencia que, en el fondo, no acabamos de encontrar en las cosas de este mundo, en lo que



se puede comprar y vender... Hemos sido hechos para algo más grande: tratar a Dios, conocerle, imitar a Jesucristo, el Verbo hecho Hombre, alcanzar la eternidad para la cual existimos. Y si no nos cerramos al bien y la verdad, si deseamos vivir con rectitud, como el Señor quiere “que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1Tm 2,4), no dejará de salir al encuentro del hombre a través de otros hombres o de las circunstancias de la vida, y el que lo había perdido, lo encontrará de nuevo con una inmensa alegría y un gran dolor y arrepentimiento por no haber estado con El durante tanto tiempo...

Querido amigo, te vas a mover en ese ambiente, en el que, en principio, no vas a encontrar muchas facilidades para vivir como cristiano; más bien tendrás que ir contracorriente. Ciertamente hay muchas personas que sí desean vivir como tales, y también los puedes encontrar si los buscas. Pero hay que poner los medios para adquirir una sólida formación doctrinal que te permita conocer la riqueza de las enseñanzas cristianas, su atractivo y su coherencia: en definitiva, lo que ves en la vida de Cristo cuando lees con detenimiento el Evangelio; y lo que puedes ver en la vida de multitud de santos de todos los tiempos, hombres y mujeres que han vivido con heroísmo su vida cristiana y han hecho un bien inmenso a su alrededor, en todos los frentes. Y llenarte de un gran deseo de ser muy amigo de tus amigos para poder ayudarles a conocer a Jesucristo, Camino, Verdad y Vida (Jn 14,6) para todos los hombres.

Y puedes preguntarte también porqué muchos amigos y amigas tuyos, que en la adolescencia iban a Misa, recibieron el sacramento de la confirmación, confesaban con regularidad..., al cabo de unos pocos años, al llegar a la Universidad o antes, dan un giro y de modo un tanto sorprendente comienzan a dejar lo que durante años habían vivido. Ante un cambio que parece que no les ha supuesto una gran pérdida hacerlo, habría que preguntarse hasta dónde estaban enraizadas en sus vidas esas creencias. Las practicaban, sí, pero parece que con poca convicción, con poca profundidad, no siendo muy conscientes de la riqueza de la gracia; y sin un trato personal con Jesucristo en la oración. Trataban poco a Jesucristo, hablaban poco con El, no le adoraban en el Sagrario. Era un trato un tanto anónimo. Y a ti eso no te debe pasar.

Tienes que pensar, por tanto, cómo vives de hecho tu vida cristiana: si valoras los sacramentos, si procuras estar en gracia de Dios, si tratas al Señor en la oración y lo recibes bien dispuesto en la Eucaristía. Y si tu vida de piedad influye de modo coherente en tu vida diaria y aumenta tu sentido de responsabilidad para cumplir bien tus diversos deberes –la "materia" de tu santificación- y preocuparte sinceramente por los demás, para ayudarles humana y espiritualmente en lo que puedas, empezando por darles buen ejemplo, rezar por ellos y cultivar una amistad sincera con todos. Y además, ofrecerás al Señor todas tus obras, para darle gloria, para que tengan mérito sobrenatural y te sirvan para la vida eterna. Y en esto consiste la santidad a la que Dios te llama en la vida corriente, como reiteradamente ha recordado el Magisterio de la Iglesia y, en nuestros días, el Papa Francisco.

TU JUVENTUD: LA FORMACIÓN

Has llegado a la mayoría de edad legal. Aunque para alcanzar la madurez te falten años por delante, podemos decir que ya comienzas a caminar hacia ella, pero como la madurez no depende solo de los años, no te basta con dejar que vaya pasando el tiempo, y por tanto no es indiferente cómo vivas ahora para llegar, realmente, a la



deseada madurez. Y como somos una unidad –cuerpo y alma– habrás de estar atento a los diversos ámbitos de tu vida: la vida humana y la vida espiritual, la razón y la fe... Como de la fe ya hemos hablado nos detenemos ahora en la razón: es decir, en el estudio y la formación profesional. Y en otros apartados veremos otros ámbitos importantes de la juventud

La vida de fe se asiente sobre una base humana, porque la gracia actúa sobre la naturaleza. De ahí que para crecer como cristiano se requiere a la vez crecer como persona. Y en primer lugar lo que nos hace crecer es vivir responsablemente nuestros deberes profesionales, familiares y cívicos. Jesucristo es Perfecto Dios y a la vez Perfecto Hombre. Nosotros no podemos avanzar en la vida espiritual sino vivimos con seriedad y competencia las tareas propias de cada uno.

Y para ti, amigo, en esta etapa de tu vida, tu tarea principal se centra en tu formación: en tu estudio.

Por tanto tienes que mirar qué ilusión y constancia pones en adquirir los conocimientos necesarios que juego te permitirán ganarte la vida, mantener una familia y ser útil a la sociedad con tu trabajo competentemente desarrollado; y por supuesto, con total honradez. Sea cual sea ese trabajo, intelectual o manual, que todos son necesarios y sabemos que para Dios el más importante es el que se haga con mayor perfección y con mayor amor a Dios y al prójimo.

Esta formación sólida no se improvisa. Requiere estudio serio y constante, día tras día, aprovechando bien el tiempo.

A la vez no debes dejar de atender bien otras obligaciones: tu trato con Dios, tu atención a la familia y a los amigos. Y también debes cuidar tu formación cultural, porque tu formación profesional, además de los conocimientos específicos propios, requiere que seas persona de criterio, que no vivas ajeno al mundo que te rodea, a las ideas que configuran la opinión pública. Para tener opiniones y criterios sensatos sobre muchos de esos temas es muy conveniente una formación cultural adecuada, que ayuda a saber enfocar más adecuadamente las cuestiones de cierta importancia.

Una persona que procura vivir así va por buen camino hacia la madurez y podrá ser un hombre o una mujer muy útil a la sociedad, por su sentido de responsabilidad y su competencia profesional.

Conviene que te preguntes cómo vives o has vivido estos años tan decisivos de tu vida. Dentro de que todo es mejorable, ¿te sientes satisfecho de lo realizado o tienes que dolerte de falta de seriedad o de constancia, de comodidad y en definitiva de falta de responsabilidad? ¿Te crees bien preparado para desempeñar seriamente la tarea que tienes entre manos? Consciente, por otra parte, de que la formación no termina nunca, ¿sigues poniendo medios para mejorar tus conocimientos y ser un profesional ejemplar? Además, como cristiano, pregúntate también si toda esa tarea de acerca a Dios, si se la ofreces y la conviertes en oración y en la “materia” de tu santificación.

TUS AMIGOS

Creo que, aún dentro de la brevedad de estas consideraciones, ha quedado clara la importancia decisiva de tu formación personal en tus años de juventud. Pero decíamos que también forman parte de tu formación como persona otras facetas, entre las que se encuentran las relaciones humanas, en el sentido más noble y amisto de la palabra: cultivar la amistad con muchas personas.



Una persona con muchos amigos, que lo sean de verdad, es una persona abierta, cordial, generosa, servicial, que lo pasa bien con los demás y los demás con él, que nunca murmura ni critica a espaldas de nadie. Una persona así se enriquece culturalmente con las muchas cosas que aprende de los demás, y adquiere una gran experiencia en el trato humano, que tal útil le será en su profesión y en su vida en general. No con todos estará de acuerdo en algunos temas de cierta importancia moral, pero no por eso se apartará de aquellos que piensen distinto a él, al contrario: sabrá distinguir entre las ideas y las personas, y se interesará por la persona y no solo por sus ideas, procurando ver además las cosas positivas que esa persona tenga. Y como la amistad presupone la lealtad, tendrá ocasión de comentarle aquello en lo que discrepen, si piensa que es un tema que por su interés conviene aclarar.

Si una persona tiene pocos amigos quizás sea señal de que debe abrirse más a otros, interesarse más por ellos, superar una cierta timidez o una visión un poco negativa de las personas que le ha podido llevar a retraerse; a tratarles como ellos le tratan a él, y entonces se establece un círculo vicioso del que no es fácil salir. Anímate tú a dar un paso adelante, a ser más amable y servicial, a interesarte realmente por las personas —sin buscar nada a cambio— y más bien antes que después comprobarás que se deshace el hielo, y ese ambiente frío desaparece para dar lugar a un trato más cordial, más confiado, mucho más agradable. A partir de ahí, los siguientes pasos

serán más fáciles, por ambas partes. Y todos estaréis más contentos.

Si ese clima de amistad se consigue tener en el ámbito profesional, el ambiente de estudio y de trabajo es sumamente agradable, y eso repercutirá sin duda también en el mayor rendimiento de las personas, en una mayor unidad, mejor entendimiento, más espíritu de colaboración... ¡Que más podría desear un director de empresa o un jefe de departamento o cualquiera que tenga la responsabilidad de coordinar el trabajo de varias personas! De no mucho valdrían muchos grandes talentos pero poco unidos, con celos o envidias entre ellos. Incluso podrían ser un serio obstáculo para sacar adelante proyectos comunes. Por el contrario, talentos medios pero bien formados y bien avenidos son capaces de sacar adelante empresas importantes.

TUS AMORES

San Juan Pablo II decía que hemos sido creados por amor y para amar... Lo primero ha sido iniciativa directa de Dios y se ha cumplido a la perfección: ha creado todo lo que ha amado y ama, nada subsistiría si Él no lo amara, volvería a la nada de la que salió. Y especialmente ama al hombre, que ha puesto al frente de todas las cosas creadas. Y decíamos que al crearnos con entendimiento y voluntad nos dota de las cualidades necesarias para que podamos relacionarnos con Él, conocerle y amarle. Y además en la medida en que conocemos a Dios y nos parecemos a Él aumenta nuestra capacidad de amar a nuestros hermanos los hombres, porque “Dios es amor” (1Jn 4,8): amaremos más sinceramente, más generosamente, más incondicionalmente, y a más personas, porque nuestro corazón se dilata, y ama con el amor que Dios pone en él...

No son, solo palabras que suenan bien. Es la realidad, que quizás personalmente tú –o yo– no hemos experimentado todavía suficientemente porque nuestro amor a Dios no es lo grande que debería ser..., pero puede llegar a serlo, como ha sido así en la vida de todos los santos. Piensa en algunos que hayas conocido y lo comprobarás, ya que ahora tenemos la gran posibilidad de

ver en los altares a personas contemporáneas nuestras que hemos conocido más o menos cercanamente.

Pero de esa capacidad de querer a los demás –nuestros padres y hermanos, los amigos...– aquí me limito a comentar el amor del hombre y la mujer. De los amigos ya hemos hablado antes. Del amor a los padres también dijimos ya algunas cosas al principio de estas páginas.

Lo normal en tu vida, al llegar a la edad que ahora estamos comentando, será que en un momento dado, entre las chicas (y las chicas, con los chicos) que conoces –por tus estudios, por tus aficiones culturales o deportivas, o por ser amigas de tus hermanas, etc.–, haya alguna que te atraiga especialmente. Y ese interés especial por ella, si va a más, será una experiencia hasta entonces inédita en tu vida que te condicionará fuertemente.

Esta sensación nueva, placentera y estimulante que es el enamoramiento, está descrita de mil modos en innumerables libros de literatura, de poesía, de psicología, etc. que tú mismo habrás leído muchas veces, por lo que aquí no es necesario detenernos mucho. Y sería una tarea que sobrepasaría la finalidad de estas páginas. Más que ponernos a hablar de qué es enamorarse, qué se siente..., aquí interesa más comentar cómo debe vivirse ese amor para que un gran bien en tu vida –y en la de la persona amada–, si esto es lo que Dios quiere para ti.

Un tema tan central en la vida de las personas como es el amor humano entre el hombre y la mujer, que está orientado hacia el matrimonio, tiene multitud de aspectos importantes que darían lugar a un verdadero tratado, como de hecho hay tantos. Y documentos del Magisterio de la Iglesia. Aquí hemos de ser más modestos y planteamos solo algunas cuestiones pero que en su conjunto den una idea suficiente de cómo se debe vivir el noviazgo, y a ti te sirvan de puntos de referencia para ver cómo lo vives o deseas vivirlo tú.

En primer lugar, como recuerda Benedicto XVI, el arquetipo por excelencia del amor, es “el amor entre el hombre y la mujer, en el cual intervienen inseparablemente el cuerpo y el alma, y

en el que se le abre al ser humano una promesa de felicidad que parece irresistible, en comparación del cual palidecen, a primera vista, todos los demás tipos de amor”¹.

El Señor nos dirá que el primer mandamiento de la Ley es amar a Dios sobre todas las cosas y el segundo amar al prójimo como a uno mismo (Mt 22,37-39). Después Nuestro Señor aún elevará o perfeccionará más este segundo mandamiento de la Ley al decir que hemos de amarnos unos a otros como Él nos ha amado (Jn 13,34); un amor que le ha llevado, como sabemos, hasta dar la vida por nosotros, “siendo aún nosotros pecadores” (Rm 5,8), añadirá San Pablo, subrayando así la inmensa grandeza de ese amor, ya que, por sí mismos, no podíamos presentar méritos para ser amados, y menos de esa manera.

Por tanto el amor de los novios es un modo propio de vivir la caridad, que es la virtud más grande, más perfecta. Y la caridad —el amor de novios, y en su momento el de los esposos— desea el bien del amado, el bien de su persona, cuerpo y alma. Por tanto ese amor debe ser de tal modo que hace mejor al que ama y al que es amado, porque le ayuda a crecer en las diversas virtudes: la generosidad, la fidelidad, la lealtad, la templanza, la fortaleza... La generosidad porque el que ama se olvida de sí mismo para darse a la persona a la que ama: busca la felicidad del otro y en ese “darse” él mismo es feliz. Un amor que no se deja llevar de búsqueda egoísta de placer, sino que sabe manifestar de modo lícito su cariño, de un modo que lógicamente no puede ser igual que el modo propio de los esposos. La fidelidad porque sabe que debe guardar su corazón, evitando el trato con otras mujeres. La templanza, para evitar que el deseo de placer manche la pureza, que es una virtud imprescindible para que el amor sea fuerte y verdadero. Y la fortaleza y la prudencia, para evitar situaciones que podrían ser ocasiones próximas de ofender a Dios y ofenderse a sí mismos.

Otro aspecto importante es tener muy claro desde el principio cómo quieres vivir el noviazgo;



pero conseguirlo no es solo cosa de uno, sino de los dos. Por tanto, aunque él puede influir en ella, y al revés, y se puede cambiar y mejorar, es necesario que desde el primer momento el que tiene un sentido claro de cómo debe ser el noviazgo de un cristiano lo haga ver a la otra parte. No es tanto cuestión de grandes declaraciones teóricas, sino de hechos concretos que lo hacen ver. Por eso el varón no se puede dejar seducir por el atractivo de la mujer hasta el punto de no tener en cuenta su modo de ser y de pensar, y la mujer igual, unido además al prestigio o liderazgo que pueda tener ese chico.

No quemar etapas es otra norma a tener en cuenta. Hoy vemos que con mucha facilidad se llega a un trato demasiado íntimo entre jóvenes que se han conocido hace muy poco tiempo. Puede ser imprudente, sobre todo si esa intimidad ha llegado incluso a tener relaciones sexuales. Ese modo de comenzar ni humanamente ni espiritualmente es el más adecuado, sino todo lo contrario: son relaciones efímeras que suelen durar muy poco y en las que prevalece “pasar lo bien”. Pero la realidad es la contraria: tienen muchas probabilidades de pasarlo mal, de hacerse mucho daño afectivamente, espiritualmente. Y la vida en su conjunto se descentra, y no se trabaja o se estudia a fondo, y aparecerán nuevos problemas.

Y una consideración más, que la experiencia demuestra una y otra vez, y que es importantísimo para entender bien cómo debe ser el noviazgo y estar seriamente dispuesto a vivirlo:

1. Benedicto XVI, Enc. Deus caritas est, n. 2.

cuidar lo mejor posible la vida cristiana. Los chicos y chicas que rezan, que frecuentan sacramentos, que tratan al Señor, que procuran vivir como cristianos en todos los momentos de su vida, ordinariamente vivirán bien su noviazgo: se querrán mucho, se ayudarán el otro al otro a guardar la pureza, encontrarán en ese amor humano un gran estímulo para ser mejor, más responsable... Cuando la vida cristiana está dejada, hay un peligro real de no valorar, no cuidar estos aspectos importantes sobre la pureza, con todos los riesgos y peligros espirituales y morales que lleva consigo, que son un obstáculo serio al noviazgo.

Santa Teresa decía, en su época, decía a sus hijas espirituales que eran “tiempos recios”. No sabemos qué diría hoy exactamente Santa Teresa, pero desde luego no son menos recios que aquellos, menos necesitados de virtudes cristianas seriamente vividas. Afortunadamente hay muchos jóvenes que desean vivir así, y con su ejemplo atractivo y natural pueden hacer mucho bien a muchos amigos y amigas. Y tú serás uno de ellos...

EL QUERER DE DIOS PARA TI

Hemos ido repasando aspectos importantes de tu vida en los que el Señor espera de ti un determinado comportamiento, el que corresponde a un cristiano. Ahora vamos a detenernos en otro que en realidad no es un aspecto concreto más, sino el fundamento de todo lo demás: qué espera Dios de ti.

Sabemos que Dios nos ha traído al mundo para que le conozcamos, le amemos, le sigamos, y llegamos al Cielo. Dios no se limita a crearnos, sino que en su infinita sabiduría piensa en un plan concreto para cada uno de nosotros, que a cada cual nos corresponde descubrir. No tendría sentido que Dios nos haya dado la existencia y no espere de nosotros una respuesta concreta. En este sentido podemos decir que todos tenemos vocación, porque efectivamente Dios nos llama a todos.

Esa llamada la vemos fácilmente en los sacerdotes, en los religiosos, que se han sentido llama-

dos por Dios a ese estado de vida y han estado dispuestos a seguirlo, renunciando incluso a los planes personales que se hubieran trazado porque entienden que el querer de Dios debe estar siempre por delante del querer de los hombres. Pero la inmensa mayoría de hombres y mujeres que no son llamados a ser sacerdotes o religiosos no quedan en una indeterminación, como si Dios no esperase nada propio de ellos. Decíamos que Dios no se puede olvidar de lo que ha creado, y también llama a esa multitud, entre los que estás tú.

¿Y a qué les llama? De modo general les llama a la santidad, pues para eso nos ha creado, como nos dice San Pablo: pensó en nosotros, “antes de la creación del mundo para ser santos e inmaculados en su presencia” (Ef 1,4). Todos, solteros y casados, jóvenes y mayores, hombres y mujeres. El Magisterio de la Iglesia lo ha declarado solemnemente en el Concilio², y posteriormente todos los Papas³; y ha sido la enseñanza central de la vida predicación de San Josemaría desde muchos años antes.

Así pues, Dios espera de ti que te plantees con seriedad tu vocación cristiana y te preguntes por cuál de los diversos caminos de la Iglesia te espera Dios.

Y en ese discernir lo que Dios espera de ti, no excluyas la posibilidad de que Dios te puede pedir una dedicación total a Él. Eso no quiere decir que hayas de ser sacerdote o religiosa (en el caso de las chicas), pues Dios llama también al celibato apostólico a muchos jóvenes, chicos y chicas. Una dedicación a Dios, en el medio del mundo, en tu trabajo profesional, con el corazón indiviso. Naturalmente la mayoría vivirán su dedicación a Dios a través del matrimonio —ison tan necesarios los esposos con afán de santidad!—, pero se necesitan también hombres y mujeres que deseen identificarse más plenamente con Jesucristo, en su dedicación total al Padre, a la vez que están también más disponibles para tareas apostólicas y de formación de los demás.

2. Lumen Gentium, nn. 40 y 41.

3. San Juan Pablo II, Exhortación Apostólica *christifideles laici*, n. 16; Francisco, Exhor. Apost. *Gaudete et exultate*.

¿Cómo saber lo que Dios espera de ti? Necesitas tratar al Señor en la oración, desear sinceramente hacer lo que te pueda pedir, aunque suponga una entrega de otros afanes buenos y nobles (renunciar al amor humano, poner tu tiempo y todo tu ser al servicio de Dios...). Te convendrá consultar con quien te conozca bien y pueda darte un consejo. Cuando se vive así, con rectitud y con vida de oración, aunque pueda costar, el alma se abre al querer de Dios, que lo ve como una clara muestra del amor con el que Dios le ama, no como una “faena” que Dios me hace pidiéndome esto y aquello...

Y sea cual ser el camino por el que Dios te invite a seguirle, si este empeño es el eje conductor de tu vida, procurarás que en todo lo que haces busques lo que Dios espera de ti en ese momento concreto. Y con su gracia y tu esfuerzo, adelante.

La Beata Guadalupe se llenaba de alegría pensando que en cada momento estaba haciendo no lo que le apetecía, sino lo que Dios esperaba de ella, tanto cuando dedicaba muchas horas la formación de las universitarias en aquel primer Colegio Mayor femenino de Madrid, Zurbarán; o cuando comenzó la labor del Opus Dei en México, o los años de trabajo en Roma junto a San Josemaría; o en los años dedicados a la investigación y la docencia..., y cuando hubo de someterse a las duras operaciones de corazón que al final terminarían con su vida... ¡Qué gran don sentir esa alegría íntima, profunda y compatible con el cansancio y las dificultades, de estar haciendo la voluntad de Dios! ¡Qué eficacia tan grande adquiere la vida ante los ojos Dios! Te deseo que tú también quieras vivir así.

TU SERVICIO A LOS DEMÁS

Estamos llegando al final de estos diversos apartados en los que debes mirar tu vida. Ahora vamos a comentar otra faceta importante que, cuando hablábamos de la formación, quedó ya anotada.

Ni tú ni nadie debe vivir para sí mismo. Esta afirmación hay que matizarla porque de hecho en tantos años de estudio y formación estamos pen-

sando en nuestras propias necesidades: adquirir unos conocimientos que nos permitan ganarnos la vida, tener una ocupación digna, ayudar a nuestra familia, etc. Esto es bueno y necesario. Pero a la vez es importante dar a nuestro trabajo un sentido de servicio a la sociedad, pues todo trabajo lo es. Y es muy conveniente tener esa mentalidad cada día que nos dirigimos al trabajo, sea el que sea. “Yo voy a servir a los demás”, tanto el que tiene un servicio manual como el intelectual, el profesional liberal o el funcionario.

Algunas profesiones tienen un claro servicio de atención a los demás, como por ejemplo los médicos. Pero también el profesor, que debe enseñar a sus alumnos; el gobernante, que ha sido elegido para servir a los ciudadanos; o el conductor de autobús o el repartidor de periódicos. Y el que atiende un supermercado o una tienda de cualquier otro tipo. Y el profesional de la comunicación: informar con objetividad y amor a la verdad es un gran servicio a los demás. O el artista de teatro o de cine, con su interpretación artística y colaborando en proyectos de interés cultural, histórico, etc, contribuye al enriquecimiento cultural de los espectadores.

En fin, todo esto resulta bastante obvio, ciertamente, pero no por eso deja de tener interés recordarlo y ver cómo lo vives tú, porque a la hora de la verdad es fácil, por comodidad, o para ahorrarse complicaciones, limitarse a “cumplir”, sacar adelante la tarea que tengo estrictamente encomendada y no preocuparme de más cosas. Y de hecho vemos personas con mucha iniciativa, que viven a fondo su trabajo y no solo para ganar más dinero, sino también para sacar adelante proyectos que suponen una mejora importante al servicio de la sociedad: un proyecto cultural, o científico o artístico, etc. Seguramente no están obligados a ello y podrían no plantearse esas iniciativas que además tantas veces requerirán buscar medios económicos, dedicar tiempo extra, vencer ciertas resistencias o trámites burocráticos, etc. Pero por un claro sentido de responsabilidad social —y para buscar la propia gloria— esas personas se involucran seriamente durante años. Son los grandes promotores que la sociedad necesita. Y el cristiano, por su sentido



arraigado de la solidaridad, debe saber “complicarse la vida” para hacer todo el bien que pueda a la sociedad a través de su trabajo. Es un modo muy real de servir a los demás, y de dar buen ejemplo de generosidad.

Estos días que estamos viviendo son una ocasión única para comprobar la importancia de tantas personas que emplean su tiempo, su saber y muchos de ellos su salud, en servir a los demás: los médicos, enfermeras y todo el personal sanitario, las personas que atienden los distintos servicios inaplazables que requiere la supervivencia (transportes, comidas, medicinas...), los profesionales de la información (de una información veraz y objetiva), etc., son esa multitud de héroes anónimos que día a día, sirven a los demás, y especialmente a los más necesitados. Es el heroísmo en lo ordinario, que en estas circunstancias se ha convertido en extraordinario. Sin una clara disposición de servicio, de ser consciente que “los demás me necesitan”, no sería fácil o quizás posible mantener ese esfuerzo heroico de cada día, tanto más cuanto en muchos casos no recibirá una retribución especial, aunque sí el cariño sincero y agradecido de las personas que se benefician directamente de esa entrega.

“Mirad a los verdaderos héroes que salen a la luz en estos días. No son los que tienen fama, dinero y éxito, sino son los que se dan a sí mismos para servir a los demás. Sentíos llamados a jugaros la vida. No tengáis miedo de gastarla por Dios y por los demás: ¡La ganaréis! Porque la vida

es un don que se recibe entregándose. Y porque la alegría más grande es decir, sin condiciones, sí al amor. Como lo hizo Jesús por nosotros”⁴.

Piensa tú si sientes llena tu vida, si como dice el primer punto de Camino eres útil, dejas poso...⁵ No quieras malgastar tu vida, perdiendo el tiempo, malgastando los talentos que Dios te haya dado y que debes cultivar. La alegría de servir y hacer el bien a los demás es la que te dará mayores satisfacciones.

“El drama que estamos atravesando nos obliga a tomar en serio lo que cuenta, a no perdernos en cosas insignificantes, a redescubrir que *la vida no sirve, si no se sirve*. Porque la vida se mide desde el amor. De este modo, en casa, en estos días santos pongámonos ante el Crucificado, que es la medida del amor que Dios nos tiene. Y, ante Dios que nos sirve hasta dar la vida, pidamos la gracia de vivir para servir”⁶.

Con estas mismas palabras, expresadas de modo positivo, decía San Josemaría hace muchos años a sus hijos que comenzaban a desempeñar tareas de dirección: “para servir, servir”⁷, para ser útiles, estar dispuestos a servir.

EN LAS MANOS DE DIOS

Querido amigo, llegamos al último apartado de estas consideraciones que espero te hayan podido servir para mirar tu vida por dentro, dar gracias a Dios por muchas cosas, pedir perdón por otras, y tomar una decisión firme de cara al futuro en el que estés dispuesto a rectificar lo que te parezca que es necesario, y a ponerte por completo en las manos de Dios.

Como decíamos al principio, lo que ha originado estas consideraciones ha sido la muy especial circunstancia de la pandemia que estamos padeciendo, que nos llevado a todos, sin previo aviso y de modo universal, a enfrentarnos con una tra-

4. Francisco, Homilía Domingo de Ramos, 5-IV-2020

5. San Josemaría Escrivá, Camino, n. 1

6. Francisco, Homilía Domingo de Ramos, 5-IV-2020

7. http://www.opus-info.org/index.php/Textos_de_san_Josemar%C3%ADa_que_se aconseja_meditar_cuando_se_comienza_o_se_termina_de_desempe%C3%B1ar_una_tarea_de_direcci%C3%B3n_o_de_formaci%C3%B3n

gedia que, si bien a jóvenes respeta más-puede llevarnos a grave alteración de la salud, e incluso la muerte en circunstancias nada deseables, por morir sin la compañía de los seres queridos y la atención humana y espiritual necesarias.

Al escribir estas líneas hemos asistido ya a la bendición *Urbi et Orbi* del Papa, en esa impresionante ceremonia en la vacía Plaza de San Pedro, con la oración correspondiente en la que nos animaba a mirar a Cristo en la Cruz y encontrar en Él la fuerza y la esperanza que necesitamos ante la tragedia inesperada. Recogemos ese texto como anexo al final de estos folios. La Pontificia Academia para la Vida ha publicado también un importante documento con muchas consideraciones para las personas que sufren la enfermedad y para los responsables de la salud de los pueblos. Conviene volver sobre ellos y sacar consecuencias prácticas. Obispos de distintas partes del mundo han publicado cartas pastorales dirigidas a sus feligreses para alentarlos y consolarlos en estos sufrimientos. A mí no se me ocurre nada que no haya podido ser dicho ya. Por tanto más que intentar añadir cosas nuevas podríamos pasar directamente a las conclusiones. Entre otras, podrían ser éstas:

- Hemos de amar la vida, pero sabiendo que nos la ha dado Dios y que debemos emplearla en aquello para lo que la hemos recibido.
- Conocer y amar ese querer de Dios para nosotros es el “gran tesoro” que debemos descubrir, la raíz fundamental de nuestra felicidad y nuestra eficacia.
- Si es ese el objetivo central que orienta nuestra existencia, en todo momento procuraremos identificar nuestra voluntad con la voluntad de Dios. Esa voluntad, de modo ordinario podemos conocerla haciendo oración, pensando en lo que en conciencia debemos hacer, y pidiendo consejo.
- Sabemos que esa identificación no anula nuestra libertad; somos libres de seguirla o no, y sabemos también que la libertad verdadera

consiste en amar la verdad y hacer el bien. Y Dios es la suma Verdad y el sumo Bien.

- Esta decisión firme y constante de identificarse con el querer de Dios es posible mantenerla e incrementarla con la vida de oración y trato con Él, que decíamos antes.
- Con cierta frecuencia daremos gracias a Dios por tantas cosas buenas, para no perder de vista que, en último término, todas las cosas buenas proceden de Él.
- Y también de vez en cuando consideraremos que estamos en las manos de Dios, que tenemos un tiempo para realizar la tarea que nos tiene encomendada (una tarea, que más que un determinado proyecto es la identificación con Él), que no sabemos de cuánto será, que por eso hemos de procurar vivir cada día como si fuera el último, y que Dios puede llamarnos a su presencia de un modo y en un tiempo que no habíamos imaginado...
- Esta última posibilidad nos puede resultar difícil de encajar. Pero Dios es un Padre amoroso, no puede enfrentarnos a una situación que, con su ayuda, no podamos asumir, santificar. En esto confiamos, y aunque muchas veces humanamente no le entendamos, hemos de recordar que Él sabe más, y sabrá sacar grandes bienes de situaciones que hacen sufrir a muchos.

Querido amigo, no hay fórmulas mágicas que “resuelvan” las tragedias. Pero la realidad de la vida de Cristo sí las resuelve: como Él, todos, de un modo u otro, antes o después nos enfrentaremos con la Cruz: el dolor, la soledad y la muerte. Pero Cristo venció la muerte y resucitó. Nosotros, unidos a Él, estamos también llamados a resucitar. Esta la gran esperanza, la esperanza cierta, que vence toda tragedia humana. No lo olvidemos. Y le pedimos que, cuando llegue ese momento, sea para nosotros –para todos– lo más parecido a la muerte de San José: junto a él, el Señor y la Virgen. Con esa compañía estamos bien preparados para el salto a la eternidad.

Juan Moya
Madrid, abril, 2020

ANEXO

MOMENTO EXTRAORDINARIO DE ORACIÓN EN TIEMPOS DE EPIDEMIA PRESIDIDO POR EL SANTO PADRE FRANCISCO

Atrio de la Basílica de San Pedro
Viernes, 27 de marzo de 2020

«Al atardecer» (Mc 4,35). Así comienza el Evangelio que hemos escuchado. Desde hace algunas semanas parece que todo se ha oscurecido. Densas tinieblas han cubierto nuestras plazas, calles y ciudades; se fueron adueñando de nuestras vidas llenando todo de un silencio que ensordece y un vacío desolador que paraliza todo a su paso: se palpita en el aire, se siente en los gestos, lo dicen las miradas. Nos encontramos asustados y perdidos. Al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca, estamos todos. Como esos discípulos, que hablan con una única voz y con angustia dicen: “perecemos” (cf. v. 38), también nosotros descubrimos que no podemos seguir cada uno por nuestra cuenta, sino sólo juntos.

Es fácil identificarnos con esta historia, lo difícil es entender la actitud de Jesús. Mientras los discípulos, lógicamente, estaban alarmados y desesperados, Él permanecía en popa, en la parte de la barca que primero se hunde. Y, ¿qué hace? A pesar del ajetreo y el bullicio, dormía tranquilo, confiado en el Padre —es la única vez en el Evangelio que Jesús aparece durmiendo—. Después de que lo despertaran y que calmara el viento y las aguas, se dirigió a los discípulos con un tono de reproche: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?» (v. 40).

Tratemos de entenderlo. ¿En qué consiste la falta de fe de los discípulos que se contraponen a la confianza de Jesús? Ellos no habían dejado de



creer en Él; de hecho, lo invocaron. Pero veamos cómo lo invocan: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?» (v. 38). *No te importa*: pensaron que Jesús se desinteresaba de ellos, que no les prestaba atención. Entre nosotros, en nuestras familias, lo que más duele es cuando escuchamos decir: “¿Es que no te importo?”. Es una frase que lastima y desata tormentas en el corazón. También habrá sacudido a Jesús, porque a Él le importamos más que a nadie. De hecho, una vez invocado, salva a sus discípulos desconfiados.

La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad. La tempestad pone al des-

cubierto todos los intentos de encajonar y olvidar lo que nutrió el alma de nuestros pueblos; todas esas tentativas de anestesiarse con aparentes rutinas “salvadoras”, incapaces de apelar a nuestras raíces y evocar la memoria de nuestros ancianos, privándonos así de la inmunidad necesaria para hacerle frente a la adversidad.

Con la tempestad, se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos siempre pretenciosos de querer aparentar; y dejó al descubierto, una vez más, esa (bendita) pertenencia común de la que no podemos ni queremos evadirnos; esa pertenencia de hermanos.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Señor, esta tarde tu Palabra nos interpela se dirige a todos. En nuestro mundo, que Tú amas más que nosotros, hemos avanzado rápidamente, sintiéndonos fuertes y capaces de todo. Codiciosos de ganancias, nos hemos dejado absorber por lo material y trastornar por la prisa. No nos hemos detenido ante tus llamadas, no nos hemos despertado ante guerras e injusticias del mundo, no hemos escuchado el grito de los pobres y de nuestro planeta gravemente enfermo. Hemos continuado imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo. Ahora, mientras estamos en mares agitados, te suplicamos: “Despierta, Señor”.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Señor, nos diriges una llamada, una llamada a la fe. Que no es tanto creer que Tú existes, sino ir hacia ti y confiar en ti. En esta Cuaresma resuena tu llamada urgente: “Convertíos”, «volved a mí de todo corazón» (Jl 2,12). Nos llamas a tomar este tiempo de prueba como *un momento de elección*. No es el momento de tu juicio, sino de nuestro juicio: el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo que pasa, para separar lo que es necesario de lo que no lo es. Es el tiempo de restablecer el rumbo de la vida hacia ti, Señor, y hacia los demás. Y podemos mirar a tantos compañeros de viaje que son ejemplares, pues, ante el miedo, han reaccionado dando la propia vida. Es la fuerza operante del

Espíritu derramada y plasmada en valientes y generosas entregas. Es la vida del Espíritu capaz de rescatar, valorar y mostrar cómo nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes –corrientemente olvidadas– que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último *show* pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia: médicos, enfermeros y enfermeras, encargados de reponer los productos en los supermercados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas y tantos pero tantos otros que comprendieron que nadie se salva solo. Frente al sufrimiento, donde se mide el verdadero desarrollo de nuestros pueblos, descubrimos y experimentamos la oración sacerdotal de Jesús: «Que todos sean uno» (Jn 17,21). Cuánta gente cada día demuestra paciencia e infunde esperanza, cuidándose de no sembrar pánico sino corresponsabilidad. Cuántos padres, madres, abuelos y abuelas, docentes muestran a nuestros niños, con gestos pequeños y cotidianos, cómo enfrentar y transitar una crisis readaptando rutinas, levantando miradas e impulsando la oración. Cuántas personas rezan, ofrecen e interceden por el bien de todos. La oración y el servicio silencioso son nuestras armas vencedoras.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». El comienzo de la fe es saber que necesitamos la salvación. No somos autosuficientes; solos nos hundimos. Necesitamos al Señor como los antiguos marineros las estrellas. Invitemos a Jesús a la barca de nuestra vida. Entreguémosle nuestros temores, para que los venza. Al igual que los discípulos, experimentaremos que, con Él a bordo, no se naufraga. Porque esta es la fuerza de Dios: convertir en algo bueno todo lo que nos sucede, incluso lo malo. Él trae serenidad en nuestras tormentas, porque con Dios la vida nunca muere.

El Señor nos interpela y, en medio de nuestra tormenta, nos invita a despertar y a activar esa solidaridad y esperanza capaz de dar solidez,



contención y sentido a estas horas donde todo parece naufragar. El Señor se despierta para despertar y avivar nuestra fe pascual. Tenemos un ancla: en su Cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su Cruz hemos sido rescatados. Tenemos una esperanza: en su Cruz hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor. En medio del aislamiento donde estamos sufriendo la falta de los afectos y de los encuentros, experimentando la carencia de tantas cosas, escuchemos una vez más el anuncio que nos salva: ha resucitado y vive a nuestro lado. El Señor nos interpela desde su Cruz a reencontrar la vida que nos espera, a mirar a aquellos que nos reclaman, a potenciar, reconocer e incentivar la gracia que nos habita. No apaguemos la llama humeante (cf. *Is* 42,3), que nunca enferma, y dejemos que reavive la esperanza.

Abrazar su Cruz es animarse a abrazar todas las contrariedades del tiempo presente, abandonando por un instante nuestro afán de omnipotencia y posesión para darle espacio a la creatividad que sólo el Espíritu es capaz de suscitar. Es animarse a motivar espacios donde todos puedan sentirse convocados y permitir nuevas for-

mas de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad. En su Cruz hemos sido salvados para hospedar la esperanza y dejar que sea ella quien fortalezca y sostenga todas las medidas y caminos posibles que nos ayuden a cuidarnos y a cuidar. Abrazar al Señor para abrazar la esperanza. Esta es la fuerza de la fe, que libera del miedo y da esperanza.

«*¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?*». Queridos hermanos y hermanas: Desde este lugar, que narra la fe pétrea de Pedro, esta tarde me gustaría confiarlos a todos al Señor, a través de la intercesión de la Virgen, salud de su pueblo, estrella del mar tempestuoso. Desde esta columnata que abraza a Roma y al mundo, descienda sobre vosotros, como un abrazo consolador, la bendición de Dios. Señor, bendice al mundo, da salud a los cuerpos y consuela los corazones. Nos pides que no sintamos temor. Pero nuestra fe es débil y tenemos miedo. Mas tú, Señor, no nos abandones a merced de la tormenta. Repites de nuevo: «No tengáis miedo» (*Mt* 28,5). Y nosotros, junto con Pedro, “descargamos en ti todo nuestro agobio, porque Tú nos cuidas” (cf. *1 P* 5,7).